

El hilo que nadie veía

Bajo el bosque, donde no llegaba el sol, vivía un hilo blanco.

Era tan delgado que una migaja de tierra le parecía una roca. No tenía hojas, ni flores, ni un caparazón reluciente. Sólo sabía crecer poco a poco entre las raíces.

Se llamaba Fil.

Encima, el bosque estaba lleno de cosas que se veían.

El roble levantaba cien ramas.

—Yo sostengo el cielo —decía.

El arroyo saltaba entre las piedras.

—Yo traigo el agua —cantaba.

Las abejas iban de flor a flor.

—Nosotros despertamos los frutos —zumbían.

Fil los escuchaba desde bajo tierra.

—Y yo, ¿qué hago? —se preguntaba.

En ocasiones encontraba una raíz.

—Buenos días —decía Fil.

—Buenos días —respondía la raíz.

Y Fil continuaba su camino.

Una mañana llegó al bosque una semilla de arce. El viento le había dado la vuelta durante tres días y tres noches hasta dejarla en un trozo de tierra oscura.

La semilla se abrió. Salió una raíz pequeña y, después, un tallo con dos hojas.

—Me llamo Ala —dijo el brote.

—Yo soy Fil.

—¿Eres una raíz?

—No.

—¿Eres un gusano?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué eres?

Fil no lo sabía explicar.

—Soy esto —dijo simplemente.

Ala hundió un poco más la raíz y ambos se tocaron.

Durante la primavera, crecieron juntos. Ala buscaba la luz. Fil buscaba otras raíces.

Encontró la del romero, fina y olorosa. Encontró la del pino, fuerte como una cuerda. Encontró la del roble, ancha y llena de pliegues.

Fil las tocó todas.

—Buenos días —decía.

—Buenos días —respondían.

Cuando llegó el verano, el arroyo se fue haciendo pequeño.

Primero dejó de saltar. Luego dejó de cantar. Al final, entre las piedras sólo quedaban algunos charcos redondos.

El roble plegó un poco las hojas. El romero guardó su olor. Las abejas volaban más cerca del suelo.

Ala tenía sed.

Su raíz era todavía demasiado corta para llegar al agua profunda. Ambas hojas tiernas perdieron el color.

—Fil —susurró—, creo que me estoy apagando.

Fil corrió hacia la raíz del roble.

—Ala tiene sed.

El roble removió las viejas raíces.

—Yo también tengo.

Fil fue hasta el pino.

—Ala tiene sed.

—Todos tenemos —respondió el pino.

Fil llegó al romero, a las matas de hierba y a los hongos pequeños que vivían bajo las hojas secas.

En todas partes sintió la misma respuesta.

—No nos sobra.

Fil volvió junto a Ala. Por el camino pensaba en las gotas escondidas dentro de cada raíz. Ningún árbol tenía suficiente para regalar un charco. Ninguna mata podía ofrecer un arroyo.

Pero Fil había tocado todas las raíces.

Estiró una punta hacia el roble y otra hacia el pino. Hizo un nudo suave con el romero. Abrió caminos minúsculos hasta los hongos, la hierba y los helechos.

—Una gota —preguntó—. Sólo una.

El roble soltó una gota.

El pino soltó otra.

El romero no tenía una entera y dio media.

Los helechos enviaron tres muy pequeñas. Los hongos añadieron la frescura que guardaban bajo los sombreros.

Fil las llevó por su cuerpo delgado.

La tierra le pesaba. Las piedras le cerraban el paso. Más de una vez creyó que se iba a romper.

Pero las gotas siguieron avanzando.

Una detrás de otra.

Hasta Ala.

El brote las bebió poco a poco. Al día siguiente, una de las hojas volvió a levantarse. Dos días después, también lo hizo la otra.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Ala.

Fil miró los caminos que había abierto bajo el bosque.

—Yo no tenía agua —dijo.

Y no añadió otra cosa.

Pasaron muchas lunas antes de que volviera a llover.

Cuando el agua repicó sobre las hojas, el roble abrió las ramas. El arroyo reanudó su canción. Las abejas volaron tan rápido que parecían pequeñas chispas.

Ala creció. Cada año hacía más sombra sobre la tierra. Debajo, los hongos conservaban mejor la humedad y Fil podía avanzar sin resecarse.

Una noche, una hoja amarilla se cayó del roble. Quedó tendida sobre el suelo y preguntó:

—¿Quién sostiene el bosque cuando nadie mira?

El roble se calló.

El arroyo dio una vuelta entre dos piedras.

Las abejas ya dormían.

Bajo tierra, Fil tocó una raíz. La raíz tocó otra. Y una frescura pequeña recorrió el bosque de punta a punta.